

La legitimación de las desigualdades sociales en Chile: El discurso de la élite en un contexto de malestar

Chile's social inequalities legitimation: The elite discourse in a social unrest context

ALEJANDRO CASTILLO

Egresado de Sociología, Universidad de Chile
acastillolarra@gmail.com

JULIA CAVIERES

Egresada de Sociología, Universidad de Chile
julia.cavieres@gmail.com

Recibido el 1 de febrero de 2016.

Aceptado el 4 de abril de 2016.

Cómo citar este artículo

Castillo, A. & Cavieres, J. (2016). La legitimación de las desigualdades sociales en Chile: El discurso de la élite en un contexto de malestar. *Revista Némesis*, 13, 77-101.

Resumen

En los últimos años, la imagen pública de Chile de estabilidad y éxito político y económico ha sido cuestionada a partir de diversos movimientos sociales que rechazan los altos niveles de desigualdad del país. En este escenario, la investigación busca conocer y caracterizar los discursos de legitimación que construye la élite político-económica frente a estas desigualdades. Si bien la élite tiene un altísimo grado de influencia, pudiendo proyectar un discurso oficial a través de los medios de comunicación, la investigación busca identificar las particularidades y tensiones del discurso personal de sus integrantes a través de una metodología cualitativa que utiliza entrevistas en profundidad. De esta manera, se logró sustentar la hipótesis de que la élite político-económica presenta un discurso cargado de inconsistencias dado que, si bien reconoce altos grados de desigualdad en la sociedad chilena, opta por no cuestionar su posición de clase ni proponer cambios significativos al orden actual. La edad y posición política, son variables de incidencia en la diferenciación de este discurso, pese a su relativa coherencia.

Palabras clave

Élite, Desigualdad, Equidad, Discurso, Legitimación

Abstract

In recent years, Chile's public image of stability and political and economic success has been questioned from various social movements that reject the high levels of inequality in the country. In this scenario, the present paper seeks to know and characterize the legitimation discourse regarding the inequalities, which are built among the political and economic elite. While the elite has a high degree of influence and can project an official discourse through the media, this research seeks to recognize the special features and tensions of such discourse, through qualitative methodology using in-depth interviews. In this way, it was possible to confirm the hypothesis that the political and economic elite has an inconsistent discourse. Despite such elite acknowledges high levels of inequality in Chilean society, chooses not to question his class position or propose significant changes to the current order. Age and political position are variables that generate differences on this discourse, despite its relative coherence.

Keywords

Elite, Inequality, Equity, Discourse, Legitimacy

Introducción

Si bien hace décadas que Chile destaca a nivel internacional por la alta desigualdad¹ que caracteriza su estructura social, tan sólo durante los últimos años se ha evidenciado un proceso de deslegitimación de las instituciones y de malestar en la ciudadanía en torno a esta situación. Este cambio se ha expresado en el desarrollo de una serie de movilizaciones, tales como las estudiantiles, las de trabajadores subcontratados en los sectores estratégicos de la economía, y las ambientalistas, que han puesto en tela de juicio el supuesto desarrollo y progreso de la transición, denunciando el abuso de poder del empresariado y la estructura desigual que caracteriza al país. De esta manera, la desigualdad, que se instala como parte de la nueva problemática en las ciencias sociales en Chile y en América Latina por su importancia para la integración social y el desarrollo del país (Garretón, 2014), y también comienza a tomar centralidad en el debate ciudadano. En este contexto, surge la pregunta de cómo la élite político-económica reacciona ante este escenario, considerando que ésta ocupa las posiciones privilegiadas de la sociedad y que a su vez tiene un rol fundamental en la conducción del desarrollo del país.

Así pues, esta investigación pretende conocer el o los discurso(s) de legitimación en torno a la desigualdad en Chile que construye la élite político-económica durante el año 2015. Para lograr este objetivo se busca, primero, conocer las percepciones –“lo que

¹ Chile es el país más desigual de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OECD, 2015).

es” –de este grupo en relación a las desigualdades en Chile; y luego, compararlas con su discurso normativo –“lo que debería ser”– en torno a las mismas. Como señala Castillo (2012a), mientras mayor correspondencia exista entre las brechas de la desigualdad percibidas con el discurso de cómo debiesen ser tales brechas, mayor será la legitimación de éstas. En ese sentido, todo diagnóstico en torno a la desigualdad no solamente se establece a partir de la comparación entre quienes tienen/son más y quienes tienen/son menos, sino que busca contrastar las percepciones subjetivas actuales con el discurso normativo que define lo que cada cual debería tener/ser y por qué.

Sumado a lo anterior, un tercer eje de la investigación refiere a la necesidad de conocer el discurso de justificación que desarrolla la élite político-económica en torno a su posición de clase en la estructura social. Para ello, se analizan los discursos más íntimos de la élite en relación a sus experiencias personales, los cuales a su vez podrían poner en tensión lo planteado en las aristas previas.

Como tesis central se sostiene que la élite reconoce tanto su posición privilegiada en la estructura social, como las desigualdades que existen en Chile. Sin embargo, su discurso, consciente del contexto de malestar social, se caracteriza por contener incongruencias en la medida en que sus concepciones sobre justicia social y mérito no van acompañadas de un cuestionamiento de su posición privilegiada en la estructura social.

La presente investigación es de carácter exploratorio con alcances descriptivos pues se inserta en el cruce entre el campo de la sociología de las élites, escasamente desarrollado en Chile, con el campo de las teorías estratificación y justicia social que concentra más investigaciones. Por otra parte, puesto que la élite es el grupo social que, por excelencia, puede expresar e imponer sus ideas e intereses –por su posesión de medios de comunicación y capacidad de influencia– (Joignant y Güell, 2011), esta investigación busca ir más allá de aquel discurso conocido y oficial de la élite para desentrañar elementos que subyacen a su posicionamiento ideológico.

Desde esta perspectiva, el presente estudio se distingue tanto de las investigaciones que examinan las contradicciones entre el discurso de la élite y sus prácticas sociales efectivas (Ruiz y Boccardo, 2014), como de las investigaciones que se centran en el discurso oficial de la élite examinando bibliografía y artículos en revistas especializadas (Cristi y Ruiz, 1992). De esta manera, este estudio busca relevar las contradicciones que existen en el propio discurso de la élite, esto es, entre sus percepciones y actitudes normativas frente a la desigualdad y la legitimación de sus posiciones de clase. En función de este objetivo, se desarrolló una metodología de investigación cualitativa utilizando, como técnica de producción de información, la aplicación de entrevistas en profundidad a integrantes de la élite político-económica.

Contextualización

El presente apartado busca dar cuenta de cómo la élite chilena ha construido su imagen pública, y en torno a qué pilares se funda ésta.

En los gobiernos post-autoritarios se cultivó un cuidadoso marketing de éxito y estabilidad económica en torno al país, llegando a construir exageraciones semánticas del tipo: “Chile Jaguar de Latinoamérica” (Moulian, 1997). Esta imagen se sustenta sobre la idea de que el gobierno de coalición que llevó adelante la transición lo hizo de manera exitosa, a partir de consensos y una cooperación entre los partidos (Moulian, 1997). Asimismo, Manzi y Catalán (1998), sostienen que la clase empresarial ha sido catalogada como el “nuevo motor del crecimiento económico”, forjando una autoridad que se irradia hacia amplias esferas de la vida pública. Así es como se ha desarrollado un discurso, a partir del cual tanto la élite política, como la élite económica en conjunto se proyectan como las responsables de la consolidación de esta imagen de Chile como un país estable políticamente y exitoso en el ámbito económico.

Con base en estas premisas, en la década de 1990 toma especial fuerza un discurso que plantea la necesidad de que el Estado focalice sus esfuerzos en superar la extrema pobreza (Brunner, 1998), postergando así el malestar que se comienza a gestar en torno a las desigualdades (PNUD, 1998). En este contexto se desarrollan una serie de estudios como el de Lehmann y Hizpeter (2001) *“Los pobres no pueden esperar... la desigualdad sí”*, que señalan la urgente necesidad de que el país crezca en términos económicos centrándose en la problemática de la pobreza exclusivamente.

Actualmente el escenario es otro, la problemática de las desigualdades ha llegado a ocupar un puesto central en el debate de las ciencias sociales, así como en la sociedad en general –considerando que Chile destaca a nivel internacional por los altos niveles de desigualdad que conviven en su interior–. Así, la OCDE (2015) ilustra que Chile es el país más desigual, en términos económicos dentro de esta organización, con un coeficiente de Gini² de 0,5 –siendo que el promedio de los países que la conforman es de 0,3–. Asimismo, las desigualdades educacionales también son ampliamente reconocidas. Se ha visto que el sistema escolar chileno está fuertemente estratificado, y esto, lejos de estar mejorando, se ha acentuado lenta pero sistemáticamente en los últimos años, producto de la aplicación permanente y a gran escala de los procesos de selección y de copago (García-Huidobro, 2007). Otro ámbito de desigualdades, se refiere a la relevancia que tienen en Chile las redes sociales en el acceso a puestos de trabajo, bienes y recursos de todo tipo. Como señala Cleary (2009), en Chile coexiste una economía moderna capitalista, con un tipo de organización “hacendal” que privilegia el clientelismo o el “pituto” por sobre los mecanismos meritocráticos de ascenso social.

² Coeficiente de Gini es un número entre 0 y 1, en donde 0 se corresponde con la perfecta igualdad (todos tienen los mismos ingresos) y donde el valor 1 se corresponde con la perfecta desigualdad (una persona tiene todos los ingresos y los demás ninguno)

De esta manera, en los últimos años, estas desigualdades han constituido críticas importantes a la imagen de exitosa conducción del desarrollo en el país. Así, es como han surgido tesis que sostienen que el período de plena estabilidad política comienza a derrumbarse por la emergencia de un conjunto de movilizaciones sociales que tematizan las inequidades –entendidas como falta de oportunidades– (Mayol, 2012). En el fondo, se desarrolla una crisis de legitimidad del modelo económico chileno que pone en cuestión la desigualdad y desprotección en que viven las personas. Esto se suma al descubrimiento de una enorme red de corrupción a principio del año 2015, la cual involucra a las más altas redes de poder político y económico del país³.

En este contexto, durante las últimas décadas se han desarrollado bastantes investigaciones en torno a las percepciones de las desigualdades. Dentro de ellas, destaca la investigación “Percepciones culturales de la desigualdad social” de Garretón y Cumsille (2000), la cual profundiza en torno a las concepciones de desigualdad y las dimensiones de ésta, y también, en torno a los factores que se consideran importantes en su reproducción y superación. En una línea similar, Juan Carlos Castillo (2012a; 2012b; 2010), ha desarrollado una serie de investigaciones cuantitativas donde enfatiza que las percepciones que puede tener una población en torno de las desigualdades no son un espejo de la realidad, sino que están influenciadas por una serie de factores que son fundamentales para comprender los grados de legitimación de tal desigualdad. Un tercer referente importante ha sido Vicente Espinoza (2012), con su investigación: “El reclamo chileno contra la desigualdad de ingresos. Explicaciones, justificaciones y relatos”.

La élite chilena

Gran parte de la información que hoy se conoce de este grupo social, es producto de una aún incipiente sociología de las élites, la cual presenta sus primeros avances con la investigación de Fernando Dahse (1979), “Mapa de la extrema riqueza. Los grupos económicos y el proceso de concentración de capitales”. Desde entonces, una de las máximas exponentes del estudio de este grupo social ha sido María Olivia Monckeberg (2001), quien ha centrado su atención en las estrategias de acumulación desarrolladas por la élite empresarial. Así, las investigaciones que amplían la noción de élite a una élite -no solo económica sino también política-, aparecen durante esta última década. Joignant y Güell (2011), aportan una actualización del debate, integrando un nuevo actor: los “tecnócratas”, como nuevos integrantes de la élite política que cambian de manera significativa las relaciones al interior de este grupo. También, Solimano (2015), aporta nuevos elementos al debate, al analizar las relaciones de influencia que se desarrollan entre la élite económica y la política.

³ Al respecto, resulta ilustrativo los reportajes elaborados desde CIPER Chile (2015a y 2015b) con respecto al caso Penta que afectó principalmente a sectores de la derecha política -conglomerado de Alianza por Chile- y Soquimich y Caval que afecta a sectores de la Concertación.

Los orígenes de la élite chilena se remontan a la época de la colonia, durante la cual forja un estrecho vínculo con la Iglesia Católica, y la familia se constituye como una institución fundamental de promoción de los valores de la religión católica. A partir de estos valores, la élite se ha representado a sí misma con nociones de autocontrol, disciplina y cumplimiento del deber, recubriéndose de esta manera, con cierto hábito de moralidad superior (León, 2013).

En el siglo XIX, la élite hizo de los fundos el espacio de reproducción de su modo de vida y, a través de las haciendas, forjó la arquitectura social del país (Jocelyn Holt, 2008). Según Villablanca (2000), las raíces agrarias de la élite la influenciaron en dos ejes: la “estructura familística”, donde las haciendas funcionaban como el soporte de una familia y un linaje otorgándole prestigio y autoridad al apellido; y el “modelo de autoridad de las relaciones patronales”, basado en las relaciones de inquilinaje con un fuerte sesgo paternalista.

Sin embargo, en el siglo XX se producen cambios que impactaron de manera importante a esta élite latifundista (Huneeus, 2010). Si bien, previo a la dictadura, ya se habían desarrollado importantes transformaciones –como la reforma agraria–, que comenzaron a perturbar las antiguas raíces de la élite, bajo la dictadura de Pinochet, se impusieron una serie de medidas de corte neoliberal que terminan produciendo una rápida reestructuración económica del país. Sucesivas olas de privatizaciones y desregulaciones redibujaron la cartografía de los grandes grupos de poder en el país, consolidando en torno a antiguas empresas públicas algunos grupos económicos ya existentes, o permitiendo la emergencia de nuevos grupos controlados por funcionarios de la dictadura (Ossandón y Tironi, 2012). Monckeberg (2001), señala que tales cambios estrecharon los lazos entre la élite política y la económica, pues esta última, comenzó a sostener y apoyar a sus representantes políticos en el Parlamento. De esta manera, se conforma una nueva élite chilena político-económica, en la cual existe una dicotomía que involucra un pensamiento liberal en lo económico, pero tradicional y conservador en lo valórico, defendiendo instituciones tradicionales como la familia y la educación religiosa (Huneeus, 2010). En términos ideológicos, se trata de una ambigua postura que algunos autores denominan como “neoconservadurismo” (Cristi y Ruiz, 1992).

Posteriormente, durante los gobiernos de la Concertación, si bien se integraron los llamados tecnócratas, profesionales con altos niveles de especialización académica que acceden a puestos de poder político sin mantener lealtades hacia partidos políticos, el vínculo entre la élite política y económica se estrechó (Joignant y Güell 2011). Se institucionaliza un ‘intercambio recíproco’ entre la élite política y la económica. Mientras las empresas contribuyen al financiamiento de campañas electorales y de centros de estudios -que elaboran informes y realizan estudios favorables a sus intereses-, se genera un intercambio de favores con el Estado, concediéndole beneficios especiales, contratos y otros privilegios (Solimano, 2015).

Desigualdad: percepciones y fundamentos normativos

Un elemento fundamental al trabajar en torno a las percepciones de desigualdad, es reconocer que éstas no necesariamente expresan la realidad de manera fiel, sino que están condicionadas por ciertas variables (Castillo, et al., 2010). Si bien, intuitivamente se esperarí­a que las percepciones de la desigualdad fuesen más altas en los estratos más bajos, una serie de estudios indican lo contrario (Pérez, 2010; Castillo, et. al, 2010). Una de las explicaciones que se dan al respecto, se relaciona con la denominada “tesis de la ilustración”, la cual señala que quienes tienen un mayor grado de formación académica, pueden percibir la desigualdad “realmente existente” (Castillo, 2010; Pérez 2010). Desde una perspectiva similar, Bucca (2009) plantea que las posiciones más altas de la sociedad tenderían a ser más “exigentes” en la definición de ciertos “mínimos sociales”, en la medida en que sus definiciones de cómo es y cómo debería ser la sociedad, pueden responder a concepciones creadas desde sus propios parámetros sociales.

Siguiendo esta misma línea, la pregunta por los fundamentos normativos que sustentan las percepciones y valoraciones en torno a la desigualdad han sido estudiados reiteradas veces, identificando en la sociedad chilena una alta valoración del mérito como principio fundamental para la explicación de las distintas posiciones (Espinoza, 2014; Bucca, 2009). Ahora bien, más allá de estándares normativos universales sobre la justicia distributiva, las preferencias respecto a la distribución de los ingresos se orientan a partir del contexto y posición en la estructura social de las personas. Por ejemplo, Castillo (2012), plantea que a medida que aumenta el estatus económico y educacional, no solo aumenta la percepción de las desigualdades sociales, sino también la legitimación de éstas. Es decir, las clases altas a pesar de ser las más conscientes de las desigualdades del país, tienden a justificar esta situación.

Marco conceptual

Conceptualización de élite

El desarrollo conceptual de élite data de principio del siglo XX con la “Escuela Italiana de los elitistas”, de Pareto, Mosca y Michels, quienes definen la élite como un grupo social minoritario que ostenta, ejerce y no pocas veces monopoliza un determinado poder en diversas esferas, tales como la económica, la política, la cultural y la militar. Ahora bien, para conceptualizar los ámbitos en los cuales la élite ejerce poder, se recogen los aportes de Pierre Bourdieu, quien a partir de la noción de capital desarrolla estas ideas. Los capitales son comprendidos como equivalentes de poder, diferenciando en ese concepto tres variedades convertibles entre ellos, los cuales son acumulables, ya sea por inversión como por herencia (Bourdieu, 1987). Estos son, capital económico, social, cultural y simbólico.

El capital económico comprende la propiedad de bienes, sueldo y todas las fuentes de ingreso. Esta es la especie de capital mejor convertible, y constituye la base para la obtención de las otras. El segundo, el capital social, se define como “la suma de los recursos, actuales o potenciales correspondientes a un individuo o grupo, en virtud de

que éstos poseen una red duradera de relaciones, conocimientos y reconocimientos mutuos más o menos institucionalizados, esto es, la suma de los capitales y poderes que semejante red permite movilizar” (Bourdieu y Wacquant, 1995, pág. 82). Cuanto más extenso sea éste, mayores son las posibilidades de ganancia en la reproducción del capital económico y cultural. Por otra parte, el capital cultural, es la acumulación de cultura propia de una clase, por lo que se adquiere mediante la socialización. Éste puede tomar tres formas: el estado incorporado, objetivado e institucionalizado. Por último, el capital simbólico está constituido por bienes simbólicos como la credulidad y autoridad que se le atribuye a un actor gracias a su capital cultural, económico y social. Este capital, está incorporado en su propietario, por lo cual es difícilmente transferible (Bourdieu, 1987).

Para Bourdieu y Wacquant (1995), en los diversos campos con sus respectivas reglas “de juego” *-enjeux-*, los individuos utilizan estratégicamente los capitales superponiéndolos y combinándolos, en función de su interés en mantener sus posiciones ventajosas. El autor señala que éstos tienden a monopolizarse, en la medida en que quienes dominan las posiciones más ventajosas en algunos campos determinados, despliegan estrategias de reproducción de tales capitales. De esta manera, las élites que han desarrollado sistemas de fuerte cierre social (Weber, 2012) tenderían a monopolizar la posesión de tales capitales a partir de instituciones como la escuela, la herencia, y la familia (Bourdieu, 1987).

Ahora bien, cuando se investiga cómo se distribuyen los poderes y capitales en la estructura social, no solo es interesante conocer cómo este orden es legitimado en la sociedad, sino también cómo quienes monopolizan este poder desarrollan un discurso que autolegitime su posición. Weber (2012) sostiene que el que está en mejor situación siente la urgente necesidad de considerar como legítimamente meritoria su propia situación y, correlativamente, considerar la situación lejana del otro como producto de su culpa.

Las distintas desigualdades

En esta investigación, se comprenderá y delimitará la desigualdad haciendo una correspondencia explícita con la teoría de los capitales de Bourdieu (1987). De este modo, se consideran algunas de las desigualdades sociales conceptualizadas por Garretón y Cumsille (2000).

Por un lado, se encuentran las denominadas desigualdades económicas vinculadas a la distribución del capital económico. Estas consisten en las distancias entre categorías o grupos sociales respecto de la riqueza, el capital, el ingreso o las condiciones de trabajo. Luego, se consideran las desigualdades sociales asociadas al capital social, referidas a las diferencias de influencia, acceso a redes, organizaciones y participación en la toma de decisiones de diversas instancias de la sociedad civil. Este tipo de desigualdad se relaciona estrechamente a la idea de pituto, compadrazgo o favor como manifestación eficiente del capital social (Barozet, 2006). Por último, respecto al capital cultural, las desigualdades culturales consisten en las distancias en el acceso y manejo de

conocimientos y códigos, así como en los niveles y calidad de la instrucción (Garretón y Cumsille, 2000).

Para enmarcar el debate en torno a las distintas teorías de justicia social, es también necesario recoger los aportes de Garretón (2014), quien distingue con claridad los conceptos de igualdad y equidad, que tienden a ser confundidos. El autor señala que la hegemonía de la ideología neoliberal ha logrado demonizar la idea de igualdad, sustituyéndola por el concepto de equidad. El concepto equidad supone un piso mínimo de igualdad de oportunidades, centrándose así las problemáticas de las vidas individuales. En cambio, el concepto de igualdad supone no sólo un piso mínimo, sino también techos para que todos puedan reconocerse parte de la misma sociedad. De este modo, se enfoca en la cohesión social y el bien común. En esta línea, surge la pregunta por la posibilidad de constituir un nuevo pacto sobre igualdad y cohesión social, que redefina las relaciones entre Estado y sociedad (Garretón, 2014), o en otros términos, un pacto en el cual la élite reformule sus relaciones con la sociedad civil (PNUD, 2015).

Teorías sobre justicia social y desigualdad

Las distintas teorías de justicia social se pueden diferenciar según enfatizan en el factor agencial -capacidad de acción y responsabilidad de los individuos-, o en el factor estructural -carácter constrictivo de la estructura social-, para explicar las desigualdades (Bucca, 2009). Estos dos ejes, agencia y estructura, son relevantes para distinguir los distintos mecanismos apropiados para la distribución de los bienes según el tipo de desigualdad en cuestión.

Desde una lectura meritocrática de la tradición neoliberal⁴, Fontaine (1983) señala que, en una economía libre, los consumidores son los que determinan como agentes, qué bienes y servicios deben producirse, cómo y para quién. De esta manera, el autor legitima la desigualdad sosteniendo que los propios individuos, al decidir como consumidores, son responsables de una determinada distribución de la riqueza. En este sentido, el valor de mercado refleja los valores y costumbres de la sociedad, no los genera. Por lo mismo, el egoísmo y el espíritu de lucro responden a costumbres de la propia sociedad, no son generados por el mercado. En esta misma línea, plantea que la igualdad de resultados, si así lo quisiesen los consumidores, debería surgir espontáneamente como consecuencia de sus decisiones voluntarias e individuales. De este modo, alterar la distribución de la riqueza mediante una medida legal proveniente del Estado constituiría un error, pues éste debe mantener una función meramente subsidiaria focalizada en paliar la pobreza extrema.

Por otro lado, desde una perspectiva de la igualdad de oportunidades, Roemer (1998) postula que el objetivo de la “igualdad de oportunidades es asignar recursos de modo

⁴ Esta lectura chilena de las doctrinas neoliberales se distingue de la perspectiva radical de von Hayek (1982) que termina relegando al Estado funciones incluso más mínimas de mera vigilancia y seguridad nacional.

que los resultados que una persona obtenga se correspondan solamente con su esfuerzo y no con sus circunstancias” (Roemer, 1998, pág. 77). De este modo, se reconocen analíticamente dos momentos en la noción de igualdad de oportunidades: primero, deben igualarse las oportunidades. Aquí, el Estado tendría un rol protagónico invirtiendo recursos en aquellos que se encuentran en una situación de desventaja, para así lograr efectivamente “nivelar el terreno”. Luego, una vez igualado el terreno, comienza la competencia meritocrática en el mercado, por lo que los individuos han de asumir plenamente la responsabilidad de sus posiciones de clase.

Por su parte, desde la perspectiva de la igualdad de posiciones, Bourdieu y Passeron (1996) y Dubet (2011) señalan la ilusión que significa la igualdad de oportunidades, ya que minimiza la importancia que tienen los aspectos estructurales en la constitución de las relaciones sociales. Con base en lo anterior, esta noción de justicia no establece la movilidad social de los individuos como un eje prioritario que permite reducir la desigualdad existente, sino que busca aproximar las distintas posiciones de la estructura social. El fin ulterior es la reducción de la brecha existente entre las diferentes categorías de estratificación por medio de la redistribución y la aseguración de derechos sociales. De esta manera, el Estado cumple un rol fundamental y constante en la reducción de las desigualdades mediante políticas que buscan reequilibrar el reparto de las fortunas (Dubet, 2011).

Metodología

Como previamente se señaló, dado que la investigación se centra en la construcción de discursos de un grupo social, resulta indispensable un abordaje cualitativo que permita reconocer las subjetividades y tensiones del discurso de la élite. Más en específico, se optó por utilizar entrevistas semi-estructuradas en profundidad⁵. Esto, con el fin de, a través de un análisis de contenido cualitativo, profundizar en el contenido latente y el contexto social donde se desarrolla el mensaje (Andréu, 1998). Tal análisis, fue tanto de carácter inductivo, como deductivo. Es decir, si bien se orientó por las categorías de análisis definidas en el marco teórico y los antecedentes, también incorporó nuevas categorías en el proceso de análisis de la información.

Ahora bien, más allá de la delimitación teórica, en esta investigación la élite fue definida a partir de tres criterios: (1) tener un vínculo de parentesco directo con una autoridad formal política o económica; (2) haber estudiado en un colegio de élite; y (3) pertenecer al Nivel socioeconómico AB –criterio no sociológico, pero útil para definir un estilo de vida de la élite-. A partir de estos criterios, se entrevistaron nueve miembros de la élite político-económica, distinguiendo la muestra a partir de las posiciones políticas y las edades. Si bien se logró representar las distintas edades, no fue posible representar una

⁵ Esto adquiere especial relevancia considerando que el discurso manifiesto cuidadosamente elaborado se puede encontrar como discurso oficial en medios de comunicación como la prensa escrita de élite o artículos de determinados centros de pensamiento. Aquí interesa ir más allá del discurso oficial que pudiesen repetir de forma manifiesta los entrevistados.

amplia gama de posiciones políticas, elemento que tiende a sesgar levemente la investigación.

Cuadro 1. Caracterización de la muestra

	Élite económica	Élite política
Jóvenes (18 a 29 años)	Hombre de 24 años, estudiante de Ingeniería en la Universidad del Desarrollo Posición política: Se declara apolítico	
	Hijo de abogado con importante trayectoria en el área financiera y minera.	
	Hombre de 24 años, Ingeniero Comercial de Universidad Adolfo Ibáñez, actualmente trabaja en una Fundación de apoyo a sectores vulnerables. Posición Política: Se declara de centro izquierda	
	Hijo de ex presidente empresa forestal y actual socio de la Cámara Chilena de la Construcción.	Hijo de ex ministro del presidente Aylwin, ex director del Hogar de Cristo y fundador de la Fundación para la superación de la pobreza. También es hermano de del ex superintendente de Valores y Seguros de la presidenta Michelle Bachelet.
	Mujer de 21 años, Presidenta del centro de estudiantes de Ingeniería comercial de la Universidad Adolfo Ibáñez. Posición política: Se declara de centro	
	Hija de empresarios del área textil.	
Adultos (30 a 59 años)	Hombre de 25 años, Ingeniero de la Universidad Católica, trabaja en Unilever. Posición política: Se declara de derecha	
	Hijo de gerente latinoamericano compañía norteamericana de automóviles y camiones.	
	Hombre de 30 años, Abogado de la Universidad Católica Posición Política: Se declara de centro derecha	Ex asesor del Ministro de Justicia. Actualmente trabaja como asesor en el Tribunal Constitucional, profesor de Derecho en la Universidad Católica y Universidad de Los Andes.
	Mujer de 58 años, Periodista de la Universidad Católica Posición Política: Se declara de centro	
Adultos mayores (60 años o más)	Esposa de empresario del sector del transporte, inmobiliarias y salmoneras.	
	Hombre de 86 años, Abogado de la Universidad Católica Posición Política: Se declara de centro	
	Ex empresario del sector minero.	Fue diputado y la mayor parte de su vida trabajó en diversos puestos políticos. Dos de sus hermanos fueron senadores, presidentes del senado y candidatos a la presidencia de la república. Uno de ellos fue ministro de Michelle Bachelet y Eduardo Frei y el otro fue Presidente de la Democracia Cristiana y embajador en Argentina.
	Mujer de 62 años, Licenciada en Artes Plásticas de la Universidad Católica, jamás ha ejercido la profesión. Posición Política: Centro Derecha	
	Esposa de empresario del sector inmobiliario y de seguros. Hija de empresario del sector agrícola.	Hermana de presidente de un Think Thank de derecha.
	Mujer de 88 años, sin profesión Posición política: Derecha, Cercana a la UDI	
	Viuda de empresario del área agrícola y madre de empresarios del área de la construcción.	Viuda de ex presidente de la Sociedad Nacional de agricultura (SNA).

Resultados⁶

Los resultados se presentan en tres capítulos. En el primer capítulo, se analizan las percepciones que tiene la élite acerca de las desigualdades presentes en Chile en un contexto de malestar social. En el segundo capítulo, se analizan sus discursos normativos frente a esta problemática de la desigualdad. Por último, en el tercer capítulo, se analiza la legitimación discursiva de sus posiciones de clase.

Capítulo I: La percepción de las desigualdades en un clima de malestar social

Malestar y resentimiento social

La élite comprende que existe un malestar general en la población, lo que se puede reflejar en sus múltiples referencias a marchas y conflictos propios de las revueltas sociales llevadas a cabo por los movimientos sociales en los últimos años. La comprensión de este malestar está estrechamente vinculada con el hecho de que gran parte de los entrevistados, señala que en las sociedades desiguales se genera un resentimiento social en los estratos más bajos cultivándose una tensión entre los diversos sectores. Tal resentimiento fue interpretado de dos maneras: mientras la élite más conservadora se centró en cómo este resentimiento los afectaba a ellos como clase -ya fuera culpándolos o rechazándolos-, desde los sectores de élite de centro, este discurso mostró una preocupación por la manera en que ambos extremos de la sociedad, los privilegiados y los excluidos, se rechazaban mutuamente limitando la integración social.

Percepción de las desigualdades

Como previamente se planteó, se optó por enfocar la problemática de la desigualdad torno al Capital Cultural, Social y Económico (Bourdieu, 1987). Al respecto se puede constatar que la élite, de manera transversal, percibe altos grados de desigualdad en los tres ámbitos tratados, asignándole distintos pesos a cada uno. Esta alta percepción puede ser interpretada, considerando el contexto de malestar, a partir de la tesis de la ilustración (Castillo, 2012a, 2012b), o bien, a través de los “mínimos sociales” (Bucca, 2009).

La desigualdad cultural en conjunto con la social, fueron las dos más enfatizadas por los entrevistados. De manera transversal, se plantea que la educación de las clases bajas es de muy mala calidad en comparación con la de los sectores altos, lo que significa un piso injusto para la posterior competencia en el mundo laboral. Por otra parte, el énfasis que se le dio a la desigualdad social, responde a la percepción de que las redes de contacto cumplen un rol fundamental en la reproducción de las desigualdades,

⁶ Simbología posición política de acuerdo al entrevistado:

Simbología	D	C	CI	A
Significado	Derecha	Centro	Centro-izquierda	Apolítico

favoreciendo el carácter estático de las estructuras sociales. Por último, la desigualdad económica fue poco enfatizada por los entrevistados, pues al parecer es un tema sumamente naturalizado que resulta difícil de cuestionar, como se apreciará más adelante.

Ahora, si bien existe esta percepción generalizada de que Chile es un país inmensamente desigual, la gran mayoría enfatiza en que ha habido una disminución sustantiva de ésta en casi todos los ámbitos, centrándose en la movilidad social como proceso que efectivamente ha permitido que una mayor cantidad de gente pueda ascender socialmente a partir de sus esfuerzos. En esta misma línea, los miembros de la elite de derecha señalan el acceso al consumo como un indicador positivo del desarrollo del país, considerándolo como un instrumento del progreso y, al mismo tiempo, como un recurso que genera integración social (Moulian, 1998; Araujo y Martucelli, 2012). En este sentido, este mecanismo concreto de movilidad social se reflejaría en la actualidad como una disminución en la brecha de la desigualdad.

La naturalización de las desigualdades

En línea con lo recién planteado, la élite político-económica resalta que las desigualdades siempre han existido en la historia de Chile, siendo imposible reconocer el origen de éstas. Esta idea la expresa un joven (A): “Igual hay un carácter histórico de esa huevada, en que en el fondo viene de muy atrás son como preguntarse qué viene primero el huevo o la gallina”. Este relato permite evitar la pregunta por la solución del problema, tendiendo a naturalizar las desigualdades. De esta manera, emergen discursos que proponen, en vez de enfrentar y problematizar las desigualdades, aceptarlas y reconocerlas como realidades dadas que a cada cual le tocan vivir. En particular, se tiende a enfatizar en que siempre existirán sectores más privilegiados, siendo esto algo propio de toda sociedad. Una Adulta (C), señala: “los ricos van a ser ricos siempre, o sea, el rico se las arregla para no salir tan perjudicado de estas cosas, porque tiene los recursos para hacerlo”. Pero entonces, ¿cómo se pueden superar esas desigualdades si esta naturalización conduce a una aversión al cambio?

Capítulo II: Equidad y meritocracia en el discurso normativo de la élite

El discurso de la equidad y la pobreza absoluta

Al profundizar en torno a las percepciones de disminución de la desigualdad, se evidencia que para los entrevistados, en realidad, esto significa una disminución de la pobreza. Tales planteamientos responden al discurso desarrollado en la década de 1990, donde el énfasis está puesto en la pobreza como fenómeno absoluto en desmedro de la idea de desigualdad (Brunner, 2014). Este foco en la pobreza permite comprender la relevancia que toma la igualdad de oportunidades o equidad en el discurso de la élite, enfatizando por tanto, la idea de garantizar ciertos mínimos socioeconómicos dignos.

“[...] yo creo en la igualdad de oportunidades, pero no en la igualdad... la igualdad, lo encuentro un concepto demasiado amplio, en ese sentido creo

mucho más en la equidad, creo más en... me importa mucho más que la gente salga de la pobreza a que sean iguales, creo que no, no se logra en ninguna parte". (Adulta, (C))

Como parte de este mismo discurso, se encuentra la idea de "no equiparar hacia abajo", pues muchos exponentes de la élite sostienen que sería ridículo que algunas personas tengan que empeorar su situación socioeconómica para mejorar la de otros. En este sentido, se descarta de plano toda discusión más cercana a la desigualdad de posiciones (Dubet, 2011), y que apunte a un rol redistributivo de parte del Estado. Por el contrario, se trata de aumentar mínimamente los niveles de vida de la gente en situación de pobreza extrema sin perjudicar a los privilegiados: "Pero no se puede andar equiparando para abajo, para mi esa igualdad tipo rusa o cubana es un desastre" (Adulto Mayor (C)). De alguna manera, la discusión no se debe remitir a la enorme cantidad de dinero que ganan los empresarios en relación a lo poco que ganan los pobres.

El ambiguo discurso meritocrático

Al problematizar en torno a la posición que ocupan los sectores bajos, los entrevistados, de manera transversal, señalaron la imposibilidad de culpar a los pobres por su posición social, enfatizando en las escasas oportunidades que tienen. A pesar de lo anterior, paradójicamente, se desarrollan otros elementos discursivos que sí tenderían a culpabilizar a los pobres por su posición. Uno de estos elementos refiere a las críticas que desarrollan algunos entrevistados cercanos a la derecha política, frente a lo que consideran irracionalidades en las decisiones de consumo de los sectores pobres. La intolerancia que muestra una Adulta Mayor (D) respecto a los gastos de su empleada, ilustra esta idea: "¿Por qué no mejor meter a sus hijos en mejores colegios que andar gastando plata en tanta gala y lesera?".

Un segundo elemento que tensiona este discurso en torno a la pobreza, refiere a la connotación negativa que existe en torno a la gente pobre debido a su falta de actitud para aprovechar las oportunidades que se les pueden presentar en la vida. Una Adulta (C) caracteriza lo que ella llama 'cultura de la pobreza': "[...] es por un tema de actitud, de esperar que las cosas se las den de afuera, de quejidos, de echarle siempre la culpa al del lado, no sé".

Por último, este discurso es tensionado por la confianza ciega en el esfuerzo, el mérito y la perseverancia como mecanismos de ascenso social. Una Joven (C) logra expresar claramente esta paradoja: "Yo siento que no es culpa de ellos tampoco, pero no sé... yo soy fiel creyente de que cuando uno es perseverante con las cosas uno lo logra entonces". De esta manera, aunque no se plantea explícitamente que los pobres son flojos, sí se señala que toman malas decisiones, que son cómodos en la medida en que esperan a que otros se hagan cargo de ellos, y que no se esfuerzan lo suficiente.

En definitiva, el discurso de gran parte de los entrevistados es bastante ambiguo, pues si bien reconoce las escasas oportunidades que tiene la gente más pobre para surgir en

la vida (como limitante de carácter estructural), siguen atribuyendo una significativa importancia al esfuerzo personal para lograr salir adelante, individualizando con ello las responsabilidades de las propias posiciones sociales. Pero además del individuo, ¿qué otro(s) responsables aparecen en el discurso de la élite?

Instituciones responsables de paliar las desigualdades

La élite chilena se refiere a una supuesta “igualdad de oportunidades”, conceptualizada previamente a partir de los planteamientos de Roemer (1998). Sin embargo, el discurso de la élite se aparta de los planteamientos de este autor en la medida en que se centra únicamente en que los sectores excluidos tengan acceso a los servicios básicos (“mínimos sociales”) para que la competencia no sea tan injusta. Pero entonces, ¿cuál es el rol que la élite le asigna al Estado para combatir las desigualdades?

De manera unánime, todos los entrevistados se refieren a la importancia del rol del Estado frente a las desigualdades del país. Para la mayoría, el Estado debiese desarrollar políticas focalizadas que apunten a solucionar “de manera concreta” los problemas de la gente más necesitada: “El Estado debe...debe estar atacando la pobreza extrema” (Adulta (C)). Ahora bien, constantemente emergen en este discurso precauciones respecto al excesivo intervencionismo estatal. Esto, pues se naturaliza al mercado como una entidad a la que se debe dejar funcionar en la medida en que es indispensable para la economía del país⁷. En el fondo, existe una sintonía entre este discurso y la perspectiva neoliberal chilena planteada por Fontaine (1983): el Estado debe adquirir un rol subsidiario que corrija situaciones de pobreza extrema consideradas como intolerables.

Asociado a este discurso, también se aprecia una crítica a la administración del Estado señalando la necesidad de que las políticas públicas se desarrollen bajo lógicas más técnicas que políticas o ideológicas, valorando así la “neutralidad” y eficiencia de este tipo de políticas: “Hay que aplicar un criterio bien técnico, porque un criterio muy ideologizado lo único que hace es el populismo que termina no sé cómo en Venezuela” (Adulta (C)). Esta opción por evadir los debates “sobre-ideologizados”, se explica por el temor que tiene la élite frente a la polarización y el conflicto social. En términos de Ruiz y Boccardo (2014), se trataría de un temor a que la discusión pública y ciudadana presione hacia una mayor democratización del Estado.

Por otro lado, como una parte importante de los entrevistados son católicos, en especial en el caso de los adultos, se señala a la Iglesia Católica como una institución que ha tenido un rol fundamental a lo largo de la historia en la lucha por la superación de la

⁷ Solamente dos de los nueve entrevistados, por cierto cercanos a posiciones de centro y centro izquierda, señalan que el Estado debe regular mínimamente el actuar de los privados y definir los límites de lo permitido velando por los intereses de la ciudadanía. “Yo soy partidario del mercado y de una economía libre sí, pero cuidado, tiene que el Estado que estar vigilando para que se produzca cierta ecuanimidad” (Adulto Mayor, (C)).

pobreza. Sin embargo, la gran mayoría también reconoce que la Iglesia Católica ha perdido ese rol histórico que la caracterizaba. Se enfatiza, por tanto, en la necesidad de que la Iglesia recupere su tradicional rol activo. El Adulto Mayor (C) señala: “jugó un rol muy positivo, tanto en lo económico social como en lo político, en los DDHH, todo eso, muy valioso. Un rol que desgraciadamente ha ido disminuyendo últimamente”.

Sin embargo, pese a este rol cada vez más limitado de la Iglesia, los entrevistados católicos señalan que esta institución sigue teniendo una importancia fundamental en sus labores y obras voluntarias de caridad⁸. Es más, si bien los jóvenes no identifican en la Iglesia Católica un actor relevante para enfrentar esta problemática de la desigualdad, su discurso sí recoge fundamentos cristianos al enfatizar en la importancia de que la élite disponga de mayor voluntad de empatía y solidaridad para con los más necesitados –esta idea será desarrollada en el próximo capítulo–.

Medidas o mecanismos para enfrentar la desigualdad

Como se mencionó en el capítulo anterior, la desigualdad cultural es considerada una de las más determinantes en Chile. De esta manera, se plantea que solamente mejorando el sistema educativo, más en específico, mejorando la calidad de la educación a la que acceden los sectores pobres, se puede producir ascenso social –que, como se ha descrito previamente, se entiende como igualdad–.

Por otro lado, en la problematización en torno al mecanismo impositivo para enfrentar el problema de la desigualdad, se identifican dos líneas argumentativas. Por una parte, un sector minoritario –con posturas de centro y centro izquierda–, plantean la necesidad de aumentar los impuestos a los sectores de mayores ingresos, manteniendo siempre una preocupación de que tal aumento no afecte la economía en su conjunto.

En cambio, un sector mayoritario, si bien no señaló que se debiesen disminuir los impuestos, sí manifestó una crítica al sistema impositivo señalando que es un error creer en éste como un mecanismo que soluciona todos los problemas, siendo que en realidad “el aumento de los impuestos significa más desempleo, que afecta más a las clases más populares” (Adulta (C)). A su vez, esta posición también se centra en experiencias personales que justifican el rechazo a los cambios en el sistema impositivo. Una adulta (C) señala que su marido se ve muy afectado por los impuestos, por lo cual “hay que ponerse en el zapato también de la persona que gana, gana la plata y siente que muchas veces su plata no está bien gastada por el Estado”.

⁸ En el caso de los adultos cercanos a posiciones políticas de derecha, este discurso del imperativo moral de la caridad fue exacerbado. Esto recuerda la perspectiva neoconservadora de Guzmán (Fundación Jaime Guzmán, 2003), que ejerció una importante influencia en la doctrina ideológica del Partido Unión Demócrata Independiente (UDI). En el fondo, ninguna recta conciencia ética podría desentenderse del imperativo de combatir la pobreza y aliviar a quienes la sufren.

Respecto a estos últimos planteamientos, resulta paradójico que las mismas personas que le exigen al Estado un rol activo en la superación de la pobreza mediante políticas focalizadas, pongan en cuestión el principal medio a través del cual el Estado puede recaudar fondos. Esta idea deja entrever que tal énfasis tan sólo refiere a un Estado subsidiario que se haga cargo de paliativos mínimos para enfrentar la extrema pobreza, sin alterar nada que tenga relación con las posiciones privilegiadas de la propia élite⁹.

Capítulo III: La legitimación de la élite de su posición de clase

La élite político-económica

Con el objetivo de contextualizar el discurso de la élite político-económica, se han analizado las características principales que la élite se atribuye a sí misma. Un primer elemento que este grupo reconoce como algo propio, son las mayores oportunidades que tienen en comparación con el resto de la sociedad al acceso privilegiado a una serie de capitales. Especial énfasis se le otorga al capital social, esto es, al acceso a redes de contacto de poder que permiten en muchos casos facilitarle la vida a la élite y mantener su posición privilegiada. Un segundo eje de caracterización, refiere a un estilo de vida propio de la élite que involucra visitar ciertos lugares exclusivos, practicar ciertas actividades, y permitirse ciertos lujos y comodidades, entre otros. A modo de síntesis, Una Adulta Mayor (D), expresa estas tres ideas en torno a la élite:

“[...] nací en una familia donde tuve acceso a todo, no tuve pobreza, tuve oportunidades de estudiar en un buen colegio, de ir a la universidad y seguí... me casé con alguien que tenía las mismas oportunidades que yo y hemos hecho una familia en que nuestros hijos también las tienen”.

En estas palabras se aprecia que, lo característico de la élite, radica en poder asegurar que las generaciones futuras accedan a estos mismos privilegios, reproduciendo así su posición de privilegiados. Esto se condice con los planteamientos de Bourdieu (1987), quien entiende que los capitales son equivalentes de poder y diferenciación, por lo que son acumulables ya sea por inversión como por herencia.

Mecanismos de cierre social

En esta misma línea, la élite reconoce que existen ciertos mecanismos segregadores que se pueden comprender como cierre social, siendo éste una característica efectivamente propia de la élite como clase social en sentido weberiano. Vale decir, se trata del proceso mediante el cual grupos sociales buscan ampliar al máximo sus recompensas limitando

⁹ Por lo demás, como se mencionó anteriormente, en términos de Ruiz & Boccardo (2014) el gasto social del Estado va destinado en gran parte destinado a generar condiciones de rentabilidad a las grandes empresas que controlan los diversos rubros del mercado chileno.

el acceso a los recursos y oportunidades a un número restringido de personas (Weber, 2012).

Dentro de la noción de cierre social, uno de los mecanismos señalados como determinante para definir la pertenencia a la élite es el acceso a una educación de élite. Respecto a ella, los entrevistados señalan que está determinada desde el jardín infantil hasta la universidad, los cuales constituyen espacios donde no solo se accede a una buena educación, sino también a una amplia red de contactos. En ese sentido, una Joven (C) le asigna aún más relevancia a esto último:

“[...] yo sé que si yo no hubiese estudiado, yo igual habría tenido una pega y una pega buena. Eso implica, es como ser parte de este círculo que sin importar lo que yo haga, estoy como dentro de, asegurada.”

Esta idea también se vincula con la percepción generalizada de los miembros de la élite de que la pertenencia a este grupo está determinada por el origen social, de modo tal que es casi imposible pertenecer a la élite, si es que no se ha nacido en ella.

Por otra parte, según la mayoría de los jóvenes, los apellidos también cumplirían un rol importante como mecanismos de cierre social. En cambio, para los adultos, la relevancia de los apellidos es parte del pasado: “[...] yo creo que el apellido ahora ya vale hongo. Que te digo, que encuentro que ha habido tanta inmigración extranjera, apellidos nuevos” (Adulta, (C)).

El rol que debe asumir la élite para enfrentar las desigualdades

A partir de los elementos presentados, se desarrollan diversos lineamientos que definen el rol que debiese cumplir la élite en relación a las desigualdades. De manera generalizada, como se mencionó brevemente en el segundo capítulo, el discurso de la élite plantea la necesidad de cambiar actitudes y disposiciones colectivas para enfrentar el problema de la desigualdad.

Este enfoque plantea como primera necesidad que la élite reconozca su posición de privilegios, pues sólo así será capaz de comprender la magnitud del problema para poder empatizar y solidarizar con los sectores excluidos. Una Joven (C) señala:

“Yo creo que el primer rol es darse cuenta de la desigualdad que estamos viviendo y empatizar con la causa también [...] un cambio de conciencia generaría grandes cambios en la sociedad y así en la desigualdad”.

Incluso algunos entrevistados hicieron alusión a su comportamiento solidario para con el resto de la sociedad, donando su ropa a las iglesias o entregando buenas propinas a los trabajadores.

En sintonía con estos discursos moralistas y voluntaristas, todos los entrevistados señalan la necesidad de que la élite abra sus puertas como grupo social privilegiado de

manera que se fomente una mayor meritocracia no sólo en la sociedad chilena, sino que en sus propias filas.

En definitiva, tal discurso moralista de la élite opta por alejarse de discusiones y soluciones políticas para enfrentar la problemática de la desigualdad, prefiriendo enfatizar en cambios de conciencias y voluntades personales, poniendo en evidencia ciertos elementos propios de los planteamientos de Fontaine (1983). Este autor plantea que la disputa por una sociedad más justa es un problema más de conciencia moral que del rol redistributivo del Estado. De este modo, el fomento de los valores de empatía y solidaridad por parte de la élite, se encarnaría en el funcionamiento del propio mercado y, finalmente, en la construcción de una sociedad más equitativa.

La auto-justificación de la élite de sus posiciones de clase

Al preguntar a los miembros de la élite acerca de los factores que consideran que explican en mayor medida su actual posición de clase, todos coinciden en apuntar a la educación y el capital cultural. Se enfatiza en el rol que cumplieron las enseñanzas familiares, señalando que fue al interior de la familia donde se adquirieron costumbres, hábitos y valores que han determinado su posición privilegiada. En particular, se resalta que al interior de la familia se enseñó el valor del esfuerzo y la proactividad pues, pese a que pertenecían a familias de situación acomodada, jamás se les dio nada gratis.

Esta valoración que se hace del esfuerzo se vincula con el relato común que señala que, si bien su posición no se debe tanto a sus esfuerzos personales, sí se debe a los esfuerzos de sus familiares directos. De este modo, aunque los entrevistados reconocen ser herederos de privilegios, buscan justificar su posición al recalcar que las historias de sus familias y de su entorno están marcadas por el esfuerzo, siendo ésta la principal razón que los llevó a ocupar esta posición. En el fondo, más allá de si obedece o no a la realidad¹⁰, los entrevistados conciben los esfuerzos familiares como si fuesen propios, y buscan distinguirse de una élite que únicamente ha recibido privilegios.

Otro elemento que apareció reiteradas veces es el amor por la familia, y la preocupación por la situación futura de los hijos, como argumentos para justificar acciones que tienden a reproducir las desigualdades. Esto se explicita sobre todo al tratar dos temáticas: la herencia y la educación privilegiada de la élite. Respecto a la herencia, se señaló que es una institución tradicional e histórica que permite darles seguridad a los hijos y reconocer los esfuerzos de la familia. Esta idea la ejemplifica bien un Joven (A) “¿Onda mi viejo se muere y yo me quedo en la calle? No, eso es una locura”. En cuanto a la educación privilegiada, la élite repite estas argumentaciones al justificar por qué su grupo social puede acceder a una mejor educación que el resto de la sociedad. Un Adulto

¹⁰ Los antecedentes familiares que se pudieron recabar de los entrevistados indican que lo más probable es que todos, a excepción del Adulto (D), provienen de familias de élite de larga data.

Mayor (C) señala: “[...] yo creo que es perfectamente legítimo. Sí, el que tenga más y que pueda hacerlo está bien, que lo haga, no se le puede privar.”

Discusión

Se puede concluir que la hipótesis general planteada en el estudio se comprueba sólo en términos parciales. La élite reconoce tanto su posición privilegiada en la estructura social, como las desigualdades que existen en Chile. Sin embargo, un hallazgo de esta investigación radica en que los discursos de los casos estudiados son mucho más disímiles de lo que se suponía. Vale decir, los criterios de edad y posición política definidos en la muestra son, hasta cierto punto, relevantes para diferenciar los discursos. Así pues, las concepciones sobre justicia social y mérito, en el caso de los jóvenes que no se asumen cercanos a la derecha política, sí van acompañadas de un leve cuestionamiento de su posición privilegiada en la estructura social. En los otros casos, el discurso es bastante acrítico con respecto a sus posiciones de clase privilegiadas. Ahora bien, es menester señalar un sesgo metodológico que, hasta cierto punto, matiza los hallazgos. Si bien la élite chilena es, en su mayoría, de derecha, resulta problemático que esto tan solo se exprese en el grupo de los Adultos y Adultos Mayores, pues tiende a confundir la interpretación de los resultados. Por tanto, al momento de interpretar, no es posible saber con certeza a qué se debe tal consenso discursivo en los jóvenes que se diferencia del discurso de los adultos. Puede responder tanto a su juventud, como a sus posiciones políticas no tan cargadas a la derecha.

Por otro lado, efectivamente la alta formación académica de la élite no es el único factor que incide en que su discurso reconozca las desigualdades existentes. La élite comprende que el contexto de creciente percepción de conflictividad social y disconformidad ciudadana con respecto a la legitimidad del orden social, es ocasionado por la existencia de relevantes desigualdades en el país. Por lo demás, un hallazgo relevante radica en que la élite pone el foco mayoritariamente en la desigualdad cultural, entendida principalmente como acceso diferenciado a educación; y también, en la desigualdad social, entendida como acceso diferenciado a redes de contactos. Ambas desigualdades, explicarían la desigualdad económica.

Por su parte, el discurso normativo hegemónico de la élite para combatir las desigualdades se centra en la equidad, es decir, en la necesidad de erradicar la extrema pobreza. En este sentido, tal discurso se torna bastante ambiguo, pues, si bien reconoce las escasas oportunidades de la gente pobre como límite estructural, igual considera que el esfuerzo es absolutamente relevante para salir de la condición de pobreza. De esta manera, junto al esfuerzo del individuo, el discurso normativo hegemónico de la élite asigna un rol meramente subsidiario al Estado para mejorar la situación de los sectores más vulnerables. No se trata de emparejar la cancha de manera radical, sino más bien de garantizar un acceso mínimo a bienes y servicios sociales. En este sentido, un hallazgo relevante radica en que tal discurso hegemónico termina, finalmente, sacralizando al mercado como mecanismo más eficiente para el crecimiento, desarrollo y equidad del país. Un elemento presente en el imaginario colectivo de la élite, es la

permanente amenaza de que intervenciones estatales sustantivas puedan conducir a crisis económicas asociadas a los populismos latinoamericanos.

También, cabe destacar que la élite se reconoce a sí misma como un grupo privilegiado; incluso condena los mecanismos de cierre social que despliega para mantener su posición. Considera que tal mecanismo segrega e impide la realización del ideal meritocrático tan enaltecido. Pese a esto, la élite igual legitima sus posiciones de clase a partir de sus historias familiares y personales. Destacan el esfuerzo, la austeridad, y la disciplina, como virtudes propias que los diferencian del resto de la población. Sin embargo, en este aspecto, el discurso presente en la juventud es algo más crítico (especialmente en el caso del joven de centro izquierda). Este grupo entiende que, si bien sus posiciones en la estructura social obedecen a circunstancias estructurales y no tanto al mito de la pura meritocracia, la salida para combatir las desigualdades del país no sigue esta misma vía estructural. Al igual que el caso de los adultos de centro y de derecha, estos jóvenes esgrimen un discurso voluntarista y moralista que evade la política y deja a las consciencias personales la tarea de transformar el país para superar los problemas de desigualdad existentes.

De esta forma, la conclusión es radical: los desafíos en torno a la “renovación de la élite” quedan postergados en el discurso de la élite político-económica. Esto se debe a que tal discurso se mantiene entrampado en la problemática de la equidad y la pobreza absoluta, característica de la década de 1990. En definitiva, las recientes movilizaciones sociales de los años 2000 y el aclamado malestar social, no han conseguido permear el discurso de la élite en pos de un nuevo pacto para la integración social y el desarrollo del país.

Por último, pese a que los resultados permiten esbozar una respuesta a la pregunta de investigación, aún quedan amplios espacios por estudiar. Por un lado, puede resultar interesante profundizar el análisis de la noción de esfuerzo que se presenta transversalmente en todos los discursos. Además, surgen nuevas preguntas: ¿Cómo las distintas adscripciones religiosas inciden en estos discursos estudiados? ¿Qué significado puede tener la solidaridad y la caridad en estos discursos de legitimación? Ahora bien, dado el estado aún incipiente de la sociología de las élites, las preguntas en torno a su discurso de legitimación de las desigualdades sociales seguirán proliferando. De este modo, las ciencias sociales en Chile tienen todavía un extenso trabajo por delante para ir desentrañando los discursos de este grupo social de rol protagónico en el desarrollo político, económico y cultural del país.

Bibliografía

- Andréu, J. (1998). *Las técnicas de análisis de contenido*. Granada: Fundación Centro de Estudios Andaluces.
- Araujo, K., & Martuccelli, D. (2012). *Desafíos comunes: Retrato de la sociedad chilena y sus individuos* (Vol. 1). Santiago: LOM.
- Barozet, E. (2006). El valor histórico del pituto: Clase media, integración y diferenciación social en Chile. *Revista de Sociología*(20), 69-96.
- Bourdieu, P. (1987). Los tres estados del capital cultural. *Sociológica*, 2(5), 11-17.
- Bourdieu, P., & Passeron, J. (1996). *La reproducción*. México D.F.: Editorial Laia.
- Bourdieu, P., & Wacquant, L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México D.F.: Grijalbo.
- Bucca, M. (2009). Mérito y culpa en una sociedad estratificada: Un modelo explicativo para las creencias sobre la riqueza y la pobreza en América Latina. *Tesis de Magíster*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Castillo, J. C. (2012a). La legitimidad de las desigualdades salariales. Una aproximación multidimensional. *Revista Internacional de Sociología*, 70(3), 533-560.
- Castillo, J. C. (2012b). *Contrastes de la desigualdad económica objetiva y subjetiva en Chile*. Santiago: Centro de Políticas Públicas UC.
- Castillo, J. C., Miranda, D., & Carrasco, D. (2011). *La percepción desigual de la desigualdad. Una comparación de indicadores de percepción de desigualdad económica*. Centro de Medición MIDE UC, Santiago. Obtenido de <http://mideuc.cl/wp-content/uploads/2011/09/it1101.pdf>
- CIPER. (2 de abril de 2015b). Los nombres y las conexiones políticas detrás de las empresas que facturaron a SQM. *Centro de Investigación Periodística CIPER Chile*. Obtenido de <http://ciperchile.cl/2015/04/02/los-nombres-y-conexiones-politicas-detras-de-las-empresas-que-facturaron-a-sqm/>
- CIPER Chile. (5 de enero de 2015a). Caso Penta: La caja negra de las platas políticas que sacude a la UDI. *Centro de Investigación Periodística CIPER*. Obtenido de <http://ciperchile.cl/2015/01/05/caso-penta-la-caja-negra-de-las-platas-politicas-que-sacude-a-la-udi/>
- Cristi, R., & Ruiz, C. (1992). *El pensamiento conservador en Chile*. Santiago: Universitaria.
- Dahse, F. (1979). *Mapa de la extrema riqueza. Los grupos económicos y el proceso de concentración de capitales*. Santiago: Editorial Aconcagua.
- Dubet, F. (2011). *Repensar la justicia social: Contra el mito de la igualdad de oportunidades*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Espinoza, F. (2014). Discurso meritocrático: Significados y valoraciones diferenciadas en Chile contemporáneo. *Tesis de Pregrado*. Santiago: Universidad de Chile.
- Espinoza, V. (2012). El reclamo chileno contra la desigualdad de ingresos. Explicaciones justificaciones y relatos. *Izquierdas*, 12, 1-25.
- Fontaine, A. (1983). Reflexiones sobre ética y mercado. *Estudios Públicos*(10), 1-12.
- Fundación Jaime Guzmán E. (2003). *Jaime Guzmán, espiritualidad y fe en sus escritos*. Santiago: Fundación Jaime Guzmán E. Obtenido de http://www.jaimeguzman.cl/wp-content/uploads/2003/05/JG_espiritualidad-y-fe-en-sus-escritos.pdf
- García-Huidobro, J. E. (2007). Desigualdad educativa y segmentación del sistema escolar. Consideraciones a partir del caso chileno. *Revista Pensamiento Educativo*, 40(1), 65-84.
- Garretón, M. A. (2014). *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina*. Santiago: LOM.
- Garretón, M. A., & Cumsille, G. (2000). *Percepciones culturales de desigualdad*. Ministerio de Planificación y Cooperación, Santiago. Obtenido de http://www.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/admin/docdescargas/centrodoc/centrodoc_197.pdf
- Huneus, S. (2010). Las estrategias matrimoniales de la elite económica en Chile. *Tesis de Pregrado*. Santiago: Universidad de Chile.
- Jocelyn-Holt, A. (2010). *Historia general de Chile. Tomo III. Amos, señores y patricios*. Santiago: Sudamericana.
- Joignant, A., & Güell, P. (2011). *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociologías de las elites en Chile (1990-2010)*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Lehmann, C., & Hinzpeter, X. (2001). "Los pobres no pueden esperar"... la desigualdad, sí. Los que más importan tienen la palabra (Parte II). *Puntos de Referencia*(241), 1-8.
- León, V. (2013). Religión católica en la élite chilena: Estudio de caso en la Universidad de Los Andes. *Tesis de Pregrado*. Santiago: Universidad de Chile.
- Manzi, J., & Catalán, C. (1998). Los cambios en la opinión pública en Chile en los noventa. En C. Toloza, & E. Lahera (Edits.), *Chile en los noventa*. Santiago: Dolmen, Dirección de Estudios de la Presidencia de la República.
- Mayol, A. (2012). *El derrumbe del modelo: La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*. Santiago: LOM.
- Monckeberg, M. O. (2001). *El saqueo de los grupos económicos al Estado Chileno*. Santiago: Ediciones B.

- Moulian, T. (1997). *Chile actual, anatomía de un mito*. Santiago: LOM.
- OECD. (2015). Income Distribution Database (IDD): Gini, poverty, income, methods and concepts. Obtenido de <http://www.oecd.org/social/income-distribution-database.htm>
- Ossandón, J., & Tironi, E. (Edits.). (2012). *Adaptación. La empresa chilena después de Friedman*. Santiago: Uqbar Editores.
- Pérez, P. (2010). Las dimensiones objetivas y subjetivas de la desigualdad social en Chile. *Tesis de Magíster*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- PNUD. (1998). *Desarrollo Humano: Las paradojas de la modernización*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Santiago.
- PNUD. (2015). *Desarrollo Humano: Los tiempos de la politización*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Santiago.
- Roemer, J. E. (1998). Igualdad de oportunidades. *Isegoría*(18), 71-87.
- Ruiz, C., & Boccardo, G. (2014). *Los chilenos bajo el neoliberalismo*. Santiago: Ediciones El Desconcierto.
- Solimano, A. (2015). *Elites económicas, crisis y el capitalismo del siglo XXI: La alternativa de la democracia económica*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Villablanca, H. (2000). Chile y Estados Unidos: Tres décadas decisivas en sus relaciones comerciales y políticas: 1900-1930. *Revista de Sociología*(14), 121-139.
- von Hayek, F. (1982). Los principios de un orden social liberal. *Estudios Públicos*(6), 179-202.
- Weber, M. (2012). *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.